

# REVISTA MODERNA

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO III = BOGOTÁ, ENERO 15 DE 1916 = N.º 14

## RIQUEZAS DE URABA

**E**L establecimiento de una fuerte empresa europea (1) sobre el Golfo de Urabá, ha venido a fijar marcada atención hacia aquellas privilegiadas regiones y a refrescar lo que se ha dicho, en diversos tonos, por cuantos se han ocupado en los últimos años del desarrollo de nuestra riqueza.

Después de California, a Colombia corresponde quizá el segundo lugar entre las naciones productoras de minerales, y, sin embargo, no constituyen ellos la mitad de su Haber: tesoros incalculables aguardan a los modernos conquistadores que quieran aplicar la fuerza de la ciencia y del capital a un suelo de excepcional fertilidad y situación incomparable al frente del comercio universal.

La región denominada políticamente Comisaría especial de Urabá, feraz por excelencia, está limitada al N. y al NE. por el Golfo de Urabá; al E., por el río Atrato; al S. y SE., por la Ciénaga de Marriaga, Caño Largo, el río y la ciénaga de Arquía; al O. y NO., por la Cordillera de los Andes, que la separa de Panamá y cuyos contrafuertes van a morir en el Cabo Tiburón, punto limítrofe reconocido por los Estados Unidos en el Tratado de 6 de abril de 1914. Gran número de ríos y corrientes de agua dulce bañan esta comarca. Algunos con-

---

(1) El *Consorcio Albingia*, respaldado por la Compañía de vapores Hamburguesa-Americana, de que es poderoso accionista el Emperador de Alemania.

fluyen en la Ciénaga de Marriaga, que se desagua por el río Atrato; otros desembocan directamente en el Golfo. La mayor altura es de 1.200 metros sobre el nivel del mar; y la expedición exploradora, encabezada por el distinguido ingeniero civil don Daniel Ortiz, a cuyos trabajos recientes vamos a referirnos, que constaba de once personas y que permaneció allí más de nueve meses, no sufrió enfermedad por causa del clima.

Los ríos Arquía, Tigre, Cuqué, Cuti, Tanela, Chugandí, Tolo y Acandí son navegables por pequeñas embarcaciones, en trayectos más o menos largos. El Tanela, desde *El Puerto de los Botes*, Caño Largo en toda su extensión y las ciénagas de Arquía y Marriaga, pueden ser surcadas por vapores de alto bordo.

El río Atrato es uno de los más importantes de cuantos riegan el territorio colombiano. El brazo de Tarena es el que lleva al mar mayor cantidad de agua, pero a su salida tiene una barra, que hace muy peligroso el movimiento de entrada o salida, particularmente en la época de las brisas (vientos del NE.). Esta dificultad está salvada hoy: naturalmente se ha abierto un nuevo brazo que desprendiéndose del de Tarena va a salir a la bahía de *La Candelaria*, fenómeno que tuvo lugar en el año de 1911. Los pescadores han dado a este brazo el nombre de *El Rompido*, y geográficamente se denominará *El Roto*.

La bahía de *La Candelaria* es un puerto de magnífica clase, cuya profundidad permite, sin trabajo ni riesgo alguno, llegar a pocos metros de tierra a vapores trasatlánticos de gran calado. Además, tiene la Comisaría los siguientes, partiendo de *La Boca de Tarena* del río Atrato: *Puerto Escondido* o *La Paz*, *La Gloria*, *Titumate*, *Bahía de Triganá*, *Casa Quemada*, *La Goleta*, *La Playona*, *Acandí* y *Salzurro*. Se prefieren *Bahía de Triganá* y *Casa Quemada*.

El de Acandí tiene la ventaja de que vencido el trabajo de la entrada al río, y ya en él la embarcación, tiene fondo bastante y es completamente abrigado.

La gran cantidad de corrientes de agua, su permanencia y casi su igualdad en todos los días del año, la pureza de ellas y muchas otras causas nos hicieron pensar que en esta comarca se debía verificar un fenómeno de condiciones constantes y que debía ser el mismo que hace que desde Centroamérica hasta arriba de Quibdó y del lado oriental de la cordillera occidental de los Andes existan tantas corrientes.

El fenómeno puede explicarse así: la evaporación de las aguas del Pacífico producida por la acción del sol, es movida sobre la cordillera por los vientos alisios, yendo éstos casi saturados de vapor de agua que al traspasar la cordillera se enfría produciendo la licuación y caída en forma de lluvia.

Desde la orilla del mar y del río Atrato hasta la cima de las cordilleras hay un inmenso bosque, donde se encuentran maderas finas y de construcción, tales como caoba, cedro, diomate, dinde, guayacán, arizá, etc., palmeras de muchas clases, plantas textiles, árboles de canime, que dan grandes cantidades de la preciosa resina llamada copaiba; bosques enteros de tagua; crece la ipecacuana, que los naturales llaman raicilla; plantas ricas en tanino y fibra, tales como majagua, pita, piñuela, hiraca, balsa, trupa, arracacho, bijao, platanillo; las hay asimismo y en cantidades enormes, propias para fabricación de pasta para papel, particularmente el gramalote.

Los bosques están poblados de caza de pelo y de pluma en tal número, que basta un cazador para dar carne a una cuadrilla de quince a veinte hombres. De los animales de pelo, los más comunes son: danta, venado, puerco manao, tatabro o zaino, guartinaja o boruga, cafuche, gatosolo, monos, micos y ardillas. De los de pluma: pau-

jiles, pavas, gallinetas, perdices, guacamayas, loros, patos de muchas clases, chavarrías, etc.

A poco más de cinco kilómetros del mar y de los pantanos formados en la parte baja de los ríos que vierten sus aguas en las ciénagas de Arquía y Marriaga, va desapareciendo el mosquito a tal punto, que a diez kilómetros se puede dormir sin toldillo.

Hay manifiestas indicaciones de la existencia de fuentes de petróleo, y se han encontrado muestras de carbón. Los españoles trabajaron minas de oro en la parte alta del río Cuqué y de la quebrada de Juana Hinestrosa, afluente de éste. El año pasado una Compañía extranjera tituló una mina de platino y oro en la parte baja del río Tolo.

En los terrenos pertenecientes a la Comisaría se encuentran climas favorables para el cultivo, en grande escala, de todos los frutos que produce la Zona Tórrida: cocoteros, caña de azúcar, banano, cacao, arroz, café, maní, ajonjolí, frutas, etc.

Múltiples son los negocios que pueden establecerse en esta comarca, que por su feracidad y ventajosa posición geográfica reúne condiciones insuperables.

*Fabricación de pasta para papel.*—A precio muy reducido puede producirse pasta o mediapasta para papel en cantidades enormes. Colocada la fábrica en la bahía de *La Candelaria*, se pueden comprar los vegetales adecuados, a bajo precio, los que serían llevados allí en *jangadas* o *balsas*, amarradas con lianas o bejucos, y que fácilmente pueden conducirse del Atrato y sus afluentes con personal reducido. De mediapasta y por muchos años consecutivos, posiblemente para siempre, pueden producirse centenares de toneladas diariamente. Son tales las ventajas que presenta este negocio, que por bajo que fuera el precio de venta, competiría ventajosamente con cualquiera otra producción.

*Bananeras.*—Una hectárea de terreno apropiado para este cultivo vale en la región de Santa Marta de cien a doscientos pesos en oro, en bosque virgen. La Comisaría dispone de más de treinta mil hectáreas. En el golfo del Darién se ven racimos de guineo con trescientos sesenta plátanos.

*Bosques.*—Pueden explotarse las maderas por el sistema de aserrío o labrado a hacha, según convenga para introducirlas a los mercados extranjeros. No está por demás advertir que la marea lava las raíces de los primeros árboles grandes, y que los hay en tal cantidad, que toda la región está cubierta de bosques, sin solución de continuidad, no siendo raro encontrar ejemplares cuyo tronco alcance a dos y medio metros de diámetro.

*Caña de azúcar.*—Se desarrolla entre nueve y diez meses, de magnífica clase, siendo común encontrar matas con treinta cañas en estado de corte y muchos tallos tiernos. Hay casos, como se ven en Acandí y Puebloviejo, en que las cañas alcanzan a cuatro metros ochenta centímetros de longitud y a más de treinta centímetros de circunferencia. La instalación de ingenios de azúcar, de la clase de los grandes de Cuba, o como el de Sincerín, cerca de Cartagena, sería una industria lucrativa y de muy buenos resultados. Como dato ilustrativo puede citarse el rendimiento obtenido en Sincerín: se gastó más o menos un millón de pesos en montarlo y ponerlo en plena producción, y se dice estar dando una utilidad líquida de treinta y tres por ciento (33 por 100) anual.

*Cocotales.*—Son la industria de los indios Cunas, pobladores de la costa de San Blas, adonde vienen constantemente veleros norteamericanos a comerciar. Hacen los indios extenso negocio, que puede ser imitado y mejorado por empresarios blancos. Cada palmera da por término medio cien cocos al año, y cada uno se vende en dos o tres centavos; de manera que cada palmera pro-

duce de dos a tres pesos anuales, en oro. Haciendo inteligentemente una plantación, se pueden colocar ciento veinticinco palmeras por hectárea, y es relativamente insignificante el costo si se compara con los resultados que produce. En la costa existen ya algunas plantaciones, y la mayor es la de los señores Abuchar Hermanos, en La Playona.

*Arroz.*—Aunque en pequeña escala y desde hace pocos años, se ha principiado a cultivar en unos cuantos lugares de la Comisaría, particularmente en Unguía. Los resultados son pasmosos: han llegado al cuatrocientos ochenta por uno.

*Café.*—De todos conocida es la importancia de la industria cafetera; a excepción de la Sierra Nevada de Santa Marta, en donde existen algunas plantaciones, la gran masa de cultivo se encuentra en el interior del país, desde donde se imponen costosos fletes para transportar el grano a bordo del buque de río primero y al de mar en seguida. En esta comarca y a poco más de veinte o treinta kilómetros del puerto de mar se pueden fundar grandes cafetales. Los árboles se desarrollan de manera altamente satisfactoria: en la cordillera las clases finas y suaves, y en la parte baja la clase ordinaria.

*Yuca.*—Se desarrolla como en ningún otro lugar del país y da harina de magnífica clase, principalmente en los terrenos inmediatos al mar.

*Aceites.*—De la fruta de una palmera que los naturales llaman «corozo» y que se halla en cantidades apreciables, se extraen dos clases de aceite: uno, que se extrae de la almendra y que llaman «manteca de pepita», muy usado por las gentes del pueblo de los Departamentos de la Costa, para peinarse; el otro, que se saca de la película que cubre el corozo y que llaman «manteca colorada», se utiliza como lubricante para máquinas grandes y para la fabricación de jabón. De una palmera bellísima

que los naturales llaman «trupa», se obtiene un aceite muy fino que denominan «mil pesos».

*Resinas.*—Por muchos años fue el golfo del Darién inagotable productor de caucho negro, y en los valles de los ríos Tolo, Tanela, Cuti, Cuqué, Tigre, etc., se beneficiaron millares de árboles, derribándolos a hacha. Debido a la baja sufrida por este artículo en los últimos tiempos, se abandonó la industria; pero a pesar del modo absurdo como se procedía, quedan aún muchos árboles.

En los valles del Chugandí y de Tigüirrí, se encuentra la resina llamada «níspero» que no es otra que la variedad del caucho «balatá»; se extrae picando el árbol en pie desde la parte baja del tronco hasta las primeras ramas. Tiene buen precio en Colón y allí afluye todo el que se produce en el Darién.

Hay bosques enteros y de grande extensión donde crece casi únicamente un árbol de gigantescas proporciones, el «cativo», que produce una resina muy adherente, usada por los negros y los indios para calafatear embarcaciones de madera. En las poblaciones de alguna importancia se ha empezado a usar para cazar moscas. Podría usarse con ventaja en la fabricación de barnices.

*Tagua.*—En los valles bañados por los ríos Tolo, Arquítí y Acandí, se encuentra en grandes cantidades, y su explotación fue la causa para que se fundara la población de Acandí, capital de la Comisaría Especial de Urabá, así como los caseríos de Palohueco y La Escalera, en el río Acandí, y el de Sitegusta, en el Tolo.

*Ganadería.*—Podrían invertirse capitales con ventaja en la cría de ganado vacuno, caballar y de cerda; los ensayos hechos, y que continúan haciéndose en Tarena, Titumate, La Goleta y Acandí, son halagadores. El ganado vacuno se levanta en buenas condiciones de robustez y peso.

*Pesquería.*—Las costas del Darién están pobladas, en su mayor parte, por gentes dedicadas casi exclusivamente a la pesca de la tortuga de carey.

En la ciénaga de Marriaga, Caño Largo y en la bahía de La Candelaria, hay grandes cantidades de pescado, siendo los más usuales bocachico, jurel, mojarra, sábalo y manatí; este último, de la familia de los cetáceos, lleva por nombre «vaca marina».

*Habitantes.*—La población indígena de la Comisaría no pasa de trescientos cincuenta individuos, diseminados en esa grande extensión. Pertenecen a la familia Cuna, cuyo principal núcleo se encuentra en la costa de San Blas, con buen número de representantes en el Darién del sur o San Miguel y en la Provincia de Turbo.

Los que pertenecen a la Comisaría viven en los pequeños caseríos denominados El Cholo y Arquía, en el río de este nombre; El Tigre y Cuqué, en las orillas de los ríos correspondientes, y Cutiviejo en ese río; Tapaná, Cuti y Antiguocuti en la margen derecha del río Cuti; en los ríos Tanela y Tolo con los caseríos de igual denominación.

La historia de la conquista habla de la ferocidad de los indios Cunas, pero sus descendientes, en particular los que habitan en el golfo del Darién, son pacíficos, comercian con los blancos y negros que están establecidos en Unguía, Titumate y Acandí, y desde hace muchos años no se ha oído decir de ningún crimen cometido por ellos.

*Caminos.*—Uno principal pone en comunicación todas las poblaciones, desde La Escalera hasta Arquía, prolongándose de La Escalera, en dirección al norte, hasta la costa de San Blas y desde El Cholo hasta Sautatá, en dirección sur. De él se desprenden otros de relativa importancia: tres que traspantan la cordillera de los Andes y que arrancando de Arquía, El Tigre y Cuti conducen, el primero a Yavisa y Tacarcuna, el segundo a Paya y el tercero a las minas de Cana y al río Tuira, que vierte sus



aguas en el golfo de San Miguel. El último de éstos fue recorrido por el descubridor del mar del sur, Vasco Núñez de Balboa, quien partió de Santa María la Antigua del Darién.

Por las márgenes de casi todos estos ríos hay trochas de caucheros, raicilladores y tagüeros que conducen ya hacia la cordillera, ya hacia los lugares de embarque. En varias de sus estaciones la trocha pasa por el lecho de los ríos, cuyas aguas llegan en muchos puntos al pecho. Ningún camino permite el uso de cabalgaduras, teniendo por esta circunstancia que hacerse toda distancia a pie.

«Si Colombia, escribe un economista francés, que puede ofrecer riquezas iguales si no superiores a las que ofrece la República Argentina, consigue imitarla encauzando corrientes de inmigración, quedará resuelta la parte cardinal de sus problemas económicos. Con recursos y con brazos para explotar sus elementos naturales, será uno de los pueblos más prósperos de la tierra» (1).

LA DIRECCIÓN.

*Miscelánea*

## EN LA CARTUJA DE MIRAFLORES

**A**GONIZABA el mes de noviembre de 1913, y atravesaba las áridas llanuras de Castilla la vieja en el tren expreso que diariamente sale de Madrid para París; aquel paisaje, desapacible y mustio, no era precisamente el que necesitaban mis ojos, ni el que convenía a mi espíritu, acongojado por la violenta crisis de dolor en que me hallaba.

Momentos antes de llegar a la estación de Burgos, un empleado del ferrocarril se acercó a hacerme presente que

(1) *La Colombie Economique*, R. Roger.

si me interesaba alcanzar con rapidez la frontera de Francia me sería indispensable hacer un cambio de consideración en el itinerario de mi viaje; el locuaz andaluz hizo-me saber que la línea directa estaba interrumpida por las grandes nevadas del prematuro invierno, y también por los serios derrumbes acaecidos en uno de los túneles de mayor importancia.

Admirador de la arquitectura gótica, cuyos mejores monumentos, tanto profanos como religiosos, he contemplado en otros países, no quise desperdiciar la ocasión que la casualidad me ofrecía para conocer, si no la más grandiosa, sin disputa la más bella y artística de las catedrales de España; también me reforzó en el propósito de esperar allí a que se restableciera el tráfico directo, el deseo de visitar en esa antigua capital de un gran reino y cuna del famoso Rodrigo de Vivar, al místico Emiliano Quijano Torres, compatriota desertor del combate de la existencia, sublime y voluntario recluso de la sombría Cartuja de Miraflores.

Varios días hube de permanecer en la vetusta ciudad, patria de esforzados varones y relicario de la época más gloriosa de la historia de Castilla.

La prensa se apresuró a confirmar con lujo de detalles el gravísimo accidente ocurrido en la línea férrea, del cual estuvo a punto de ser víctima el Ministro de Estado García Prieto, quien, en viaje para San Sebastián, acertó a pasar por el sitio más peligroso segundos antes de que se verificara el terrible siniestro.

Después de instalarme en la calle de Lain Calvo, eché-me a andar por las orillas del plácido Arlanzón y a un extremo del puente de Santa María pude admirar la portentosa puerta de piedra del mismo nombre; era la antigua entrada de la ciudad, unida desde el siglo XIII a una torre que se construyó para palacio de justicia, y que hoy se halla convertida en museo de antigüedades.

En la más pequeña de las dos salas que componen el recinto en que se acopian tantos y tan afortunados esfuerzos de arte, todavía se contempla con encanto la bóveda de estilo mudéjar que la cubre, y sobre los muros se miran los alabados frescos de Camargo que representan a Carlos V, Felipe II, el Cid, Hernán González y los Jueces de Castilla con las alegorías de la Justicia y de la Fuerza.

No era pueril curiosidad la que me arrastraba a verificar mi visita a la Cartuja. Es de advertir que Emilia-no Quijano Torres, aun cuando cuenta algunos años más que yo, fue amigo muy querido de mi corazón, y que sus funciones de maestro de capilla de la catedral de Bogotá le daban en mi niñez prestigio y aureola que aún no se han borrado por completo de mi imaginación.

La música sagrada ha tenido para mí encanto particular e inquietante. Desde muy joven el órgano de las catedrales me producía el efecto de algo como la voz lejana y majestuosa de un mundo invisible y desconocido.

Siempre recuerdo que obsesionado con las raras sugerencias que recibiera, tanto del complicado instrumento como de los que de él se ocupaban, engolfábame en la lectura de las obras que sobre la materia escribió el notable ejecutante Luis José de Ortigues, calificado hoy de escritor mediocre; deleitábame al asimilar aquellos que yo reputaba soberanos conceptos, porque caídos en terreno propicio, exaltaban mis inclinaciones, ejerciendo influencia decisiva en mi sensibilidad.

En mis primeros años gustaba de asistir a ciertas solemnidades que se celebraban en la Basílica Metropolitana y solía situarme junto al coro central, de rigor en las grandes catedrales españolas, y que en la nuestra fue abolido por la piqueta demoledora del insigne Arzobispo Velasco.

Hoy todavía conservo especial admiración por el soberano instrumento que sabe darle a la música religiosa verdadero carácter de placidez y de calma; me arrebatara esa solemne resonancia que eleva y hace olvidar el ruido de las mundanales batallas; al escuchar esos acordes, que tan bien acompañan las preces del santuario, me parece que el místico instrumento canta o llora, habla o suspira.

Si la admirable maquinaria ha despertado en mi espíritu una serie de consideraciones y de ideas que sería largo transcribir, ¿cuánto no podré agregar acerca de las raras impresiones que el organista ha despertado en mí? ¿Cuánto no tendré que decir del ejecutante, ser que yo reputaba como algo superior, y al cual todavía suelo atribuir carácter casi sacerdotal?

Cuando el artista ataca el teclado, cuando anima la serie infinita de tubos y hace uso de los diversos timbres y registros con que logra producir sus combinaciones inauditas y sublimes, juzgo que quien así logra obtener los grandiosos resultados a que aspira, sabe interpretar el espíritu de la santa ceremonia y hace que, por el sortilegio de sus acordes, huyan los pensamientos profanos y vuelen en bandadas los recuerdos del mundo y de sus vanos y efímeros placeres.

Agrega Ortigues en uno de los libros a que he hecho referencia, que el ejecutante debe conocer los efectos que puede producir con sus combinaciones; el resultado que se obtiene en los diversos sitios cuando las ondas sonoras se esparcen bajo la bóveda de los templos; apreciar los contrastes, las sonoridades, en una palabra, darse cuenta exacta de todo el partido que puede sacar cuando hace vibrar los cantos seculares consagrados por la liturgia. A más del completo conocimiento de la técnica para la perfección en este difícil arte, se hace preciso que el intérprete conozca el espíritu de los misterios y sepa adaptarse al carácter de las solemnidades. Hay mil matices que

dependen de la manera de sentir, del genio del que ejecuta.

Interminable me haría si, en asunto que de suyo me es tan agradable, transcribiera todas mis personales sensaciones y repitiera las reminiscencias de las viejas lecturas que me persiguen y me acosan. Deseo contraerme al caso que evoco en estas líneas y aspiro a exteriorizar las emociones que experimenté en la última ocasión que tuve de oír a Quijano, cuando por rara intuición, y a pesar de su absoluto mutismo, concebí vaga sospecha de la vocación de mi amigo.

Celebrábase en la Catedral pomposos funerales en conmemoración de un ilustre prelado; la muchedumbre llenaba las naves ansiosa de aproximarse a la cátedra sagrada que, en ese día, iba a ser ocupada por una de nuestras celebridades oratorias; yo, que no ignoraba que para tan excepcional ceremonia se habían ensayado números musicales de los más excelsos del repertorio religioso, tomé oportunamente mi sitio acostumbrado, ansioso de extasiarme al rumor de las geniales combinaciones anunciadas.

Inspiración especial dominaba a Quijano en aquella oportunidad, tal vez la última en que estuvo en contacto con su adorado instrumento. Desde que principiaron a resonar sus notas, una especie de escalofrío recorrió mi cuerpo; sentía que los sonidos que el virtuoso producía eran como la floración de una plegaria interior, como la expresión extasiada de una alma arrebatada al mundo visible; aquello era como una serie de palabras escuchadas en medio del sueño; parecíame que viajaba por un mundo inundado por claridades de luna y que caminaba por entre ruinas iluminadas por sus pálidos fulgores; creía escuchar frases tiernas que subían y subían ensanchándose de continuo y que eran himno de piedad lanzado por un corazón que ama a su Dios. No es mi intento levantar todavía el sudario que cubre tantos recuerdos.

Antes de entrar a la mansión del cartujo, quizá no estaría por demás recorrer el famoso paseo público de la ciudad, conocido con el nombre de *Espolón*, concurrir a la afamada biblioteca, admirar las antiguas fortificaciones y las ruinas de la casa del Cid; empero, no entra en mi ánimo hacer detallada relación de lo mucho interesante que la villa encierra, sino dar rápida información acerca de la soberbia catedral y sobre todo de mi visita a Miraflores, sin parar mientes en los viejos palacios que ostentan en sus portales los inmensos escudos de armas en que brilla orgullosa la gloria arrogante de los grandes de Castilla del siglo XVI.

Por encima de los más altos edificios de la ciudad se irguen con elegancia las enhiestas flechas, los pináculos, los campanarios, las pirámides y las torres inmensas de la catedral; se contemplan esas pacientes obras de talla, que se diría trabajadas en piedras preciosas; entusiasman y deslumbran aquellos trozos que parecen finísimos encajes y que nadie creería nacidos a golpes de cincel.

La gran fachada tiene bastante semejanza con la de Nuestra Señora de París, en la cual se inspiraron sus arquitectos, si se ha de dar crédito al decir de los entendidos; en todo el exterior abundan magníficas filigranas y admirables obras de arte que ornamentan los muros o que ocupan y embellecen las hornacinas.

El rey San Fernando y el obispo Mauricio iniciaron esta fábrica maravillosa desde el año de 1221. La impresión que produce el interior, en nada desmerece del encanto ocasionado por la contemplación de la parte externa. El cuerpo del edificio está compuesto por una cruz latina formada de tres naves paralelas y una transversal: lo mejor de la iglesia es la torre del Crucero, levantada a manera de cimborio sobre el punto de intersección de aquellas anchurosas naves. En ninguna parte, observa un crítico, se ha ostentado el estilo gótico florido más com-

plicado y más lujurioso; los haces de columnas, las cornisas, las ventanas y las bóvedas están adornadas con extraordinaria elegancia; pero lo que puede calificarse de incomparable es el interior de la torre octágona, majestuosa construcción que se alza sobre el Crucero. Aquella cúpula, dice Teófilo Gautier, es un laberinto de esculturas, de arabescos, de estatuas, de pequeñas columnas, de molduras y de pechinas que producen vértigo. En dos años no se lograría ver todo lo que encierra ese monumento, gigantesco como una pirámide y delicado como el zarcillo de una mujer.

En las vidrieras de colores, a través de las cuales penetra amortiguada la luz del exterior, se ostentan bellas figuras y se reproducen escenas de la vida del Salvador; en las artísticas y complicadas rejjas, vense soberanos dibujos, fruto de fecundas imaginaciones.

El retablo, estilo renacimiento, del altar mayor, es considerado como de gusto perfecto, y los cinco medallones, esculpidos en piedra, que están detrás del santuario, son también reputados como trabajos de primer orden.

El coro de los canónigos encierra doble fila de sillas de nogal con incrustaciones que representan pasajes del Nuevo Testamento. Felipe Vigarni, llamado el «Borgoñón», es el autor de esa ponderadísima sillería que rodea el recinto en cuyo centro se halla clásica estatua yacente del obispo Mauricio, obra maestra en madera, nunca suficientemente alabada.

Si en mi ánimo estuviera hacer minuciosa descripción de todas y cada una de las deliciosas dependencias que la Catedral encierra, intentaría difícil reseña de las numerosas capillas que contiene y me detendría largamente en el estudio de aquel tan renombrado *Cristo de Burgos*, al que atribuyen las gentes castellanas virtudes milagrosas y del cual afirma la imaginación popular que sangra todos los viernes; tampoco omitiría detenerme ante la se-

vera sala del Capítulo, que guarda ese *Cofre del Cid* de que tanto se ha ocupado la leyenda. Ni sería admisible pasar por alto los cuadros de Miguel Angel, Murillo, Rafael, Rivera, el Greco y Alberto Durero; pero como no está en mi propósito sino reseñar mi visita a la Cartuja, tan sólo habré de permitirme llamar la atención hacia la capilla llamada del *Condestable*, que es la joya del edificio. Su nombre proviene de que fue erigida por el Condestable Fernández de Velasco y su esposa doña Mencía Mendoza; está situada al oriente, fuera de la gran bóveda, y resaltan los capiteles, formados por graciosos grupos de angelitos que sostienen repisas sobre las cuales descansan esculturas de santos; en el centro se hallan las tumbas de los fundadores con sus estatuas yacentes, en mármol de Carrara.

Se encuentra en la sacristía de esta capilla una Magdalena generalmente atribuida a Leonardo de Vinci, y que, previas ciertas formalidades, suele enseñarse a los viajeros. Serían necesarios conocimientos de experto para fallar en un pleito en el cual se han expresado opiniones opuestas por críticos inteligentes; de mí sólo sé decir, sin que esto entrañe pretensiones de ninguna especie, que fue grande y profunda la impresión que experimenté ante ese lienzo que reproduce el mismo egregio modelo de la Gioconda y en el que están estampadas las huellas del genio; fue esa impresión tan intensa casi como la que pocos meses después logré disfrutar en París cuando, en medio de la peregrinación de todos los amantes de lo sublime, pude apreciar una vez más, puesta de nuevo en su sitio de honor del museo del Louvre, la recobrada obra maestra del renacimiento.

En la mañana siguiente al día de mi segunda visita a la Catedral, fue un coche a tomarme a la puerta del hotel para conducirme, por en medio de calles tristes y desiertas al principio, y luégo por entre campos desola-



dos y sin verdura, hasta la Cartuja de Miraflores, que está situada sobre una roca de granito a cerca de cuatro kilómetros de la ciudad. El convento da frente a una explanada y fue construido en los antiguos pabellones de caza del rey Enrique III, por su hijo Juan II, en acatamiento a la voluntad paterna.

Franqueado el enorme portal que sirve de entrada, me encontré de pronto en la galería de gruesas columnas simples, que mira a un jardín en cuyo centro se desbarata lánguido surtidor de agua. El viejo monje de mármol que recibió mi tarjeta de visita, enseñóme, en el extremo de uno de los encalados corredores, la puerta que conduce a la iglesia. Maravillado en ese augusto templo de una sola nave, dediquéme a contemplarlo, en tanto que, presa de inquietante incertidumbre, esperaba saber si me sería o no permitido comunicarme con el *religioso de América*. Delante del altar mayor se levanta la tumba del rey fundador don Juan II y de su esposa doña Isabel de Portugal: imposible apreciar algo más bello, algo más rico que esa creación surgida del mármol que animó Gil de Syloe; sin embargo, el monumento del infante, hijo de los ya mencionados Juan e Isabel, que se encuentra colocado a la izquierda y cerca de uno de los muros, es, según el dictamen de los peritos, aún más perfecto que la tumba de los reyes.

La voz sorda y pausada del hermano portero, invitándome a regresar a la escueta galería de la entrada, arrancóme de aquella deleitosa contemplación. Había llegado la esperada hora de saludar al raro compatriota cuya presencia llegué a solicitar.

Viste Emiliano el burdo hábito blanco de los hijos de san Bruno, y en esos momentos dejaba ver la despejada frente, por tener echada hacia atrás la capucha que siempre se ve levantada en las imágenes de los cartujos. Pa-

lidez mate, intensa palidez de cirio cubre el rostro, antes de color moreno rosado, del valeroso penitente; barba negra y poblada, luenga y salpicada a trechos por hilos de plata, rodea, haciéndola inconocible, la imberbe cara ovalada de que yo guardaba perfecta memoria; usa el bigote totalmente rasurado, lo que permite ver que la que fue blanca dentadura tiene hoy un tinte deslustrado y amarillento; el cuerpo, en lo que puede adivinarse bajo el tosco sayal, conserva sus antiguas proporciones y se mantiene erguido y juvenil; pero lo que exaltó mi admiración fue el brillo poderoso que irradia en sus negros ojos expresivos: parece que en ellos se hubiera concentrado toda la vida, el fuego todo, el alma extraña del asceta que los anima.

Situado a pequeña distancia de la cerrada puerta de entrada, acogióme Quijano con cariño infinito, con dulce confianza, con cordialidad absoluta, con la misma franca amistad que se estila entre gentes que se encuentran todos los días.

La entrevista se verificó en aquella ancha galería de la entrada que domina ese primer jardín espacioso del convento; a nuestro lado se levantaba el espeso muro en que se estrellan las miradas de los religiosos, muro infranqueable que los separa del mundo. No se sospechaba testigo alguno visible: ni un mueble, ni una sencilla banca de madera, ni siquiera una humilde piedra convidaba a tomar asiento. Frío glacial que parecía no afectar en nada al cenobita, calaba mis huesos, y un vientecillo sutil y helado se infiltraba en todo mi cuerpo durante aquella interesante entrevista.

Ambos en pie, nos apresurámos a evocar el recuerdo de la patria distante, a rememorar los lejanos y felices días de la niñez.

Como era, a mi parecer, de elemental cortesía, no tardé mucho en hablarle de su divino arte, de las grandes

creaciones que en Europa había escuchado, del órgano, del excelso instrumento en cuya ejecución él rayaba tan alto.

—Tú serás, me aventuré a decirle, el maestro de capilla, el profesor de los novicios, el...

Sin dejarme terminar, hízome saber que al entrar a su actual mansión hubo de darle eterna despedida a la grande afición de su existencia, a las armonías sagradas que enderezaron su rumbo hacia el sacrificio.

—Aquí no se permite la música, prosiguió. Aquí no se escuchan sino plegarias, suspiros y ayes de arrepentimiento.

Y quizá al expresarse de esta manera, sin dejarlo comprender, altivamente resignado, sentía el artista-cartujo la nostalgia de los órganos sonoros....

Como en prodigioso cinematógrafo pasaron ante nosotros las grandes figuras, reales o decorativas, que llenaran el escenario político o social de Colombia, hace veinticinco años; con precisión de memoria extraordinaria reprodujo Quijano acontecimientos y detalles casi insignificantes; y túvome asombrado con la formidable retentiva de que hizo gala para señalar los sitios y las fechas, y en muchas ocasiones hasta para fijar la apostura de las personas en que nos ocupábamos.

Como era de esperarse, recayeron las remembranzas sobre los cultivadores de la música entre nosotros; recordó, con amable benevolencia, las dotes artísticas de mi hermana María de Jesús; rememoró los conciertos que se efectuaban en aquellos tiempos; hizo el más merecido elogio de Teresa y Leonor Tanco, de María Pardo, de Mercedes Largacha, de Ana de Brigard, de Ana Joaquina Castro, de las damas que solían figurar en esas deliciosas justas de arte. Ignoraba que casi todas ellas se habían casado, que algunas reposaban ya en el panteón de sus mayores; que Isabel Caicedo Suárez, alma refinada y sen-

sible, y una de las más aventajadas de aquella pléyade, había ocultado sus geniales condiciones de pianista en uno de los conventos de Bogotá. A tal punto alcanzaban los recuerdos del religioso, que enumeraba los trozos de música ejecutados por ellas e hizo un análisis del gusto imperante entonces y de las principales obras que estaban en boga. Grande era el entusiasmo, dijo, que inspiraban ciertas variaciones sobre motivos de óperas italianas, y aun recuerdo que el esfuerzo supremo, el verdadero *tour de force* de los virtuosos del piano, estribaba en una fantasía de Thalberg sobre *Sonámbula* o en una de las más complicadas *Rapsodias húngaras* de Liszt.

Debo confesar ingenuamente que, a no ser por el frío penetrante que me atormentaba, hubiera proseguido de buen grado en aquella evocación que me transportaba a épocas muy felices y sencillas de mi vida; pero era tan fuerte el rigor del temporal y se estaba tan mal en aquel claustro abierto y desmantelado, de pie y sin fuego ni abrigo, que, muy a pesar mío, hube de iniciar la despedida.

—Adiós, exclamé estrechando simultáneamente aquellas dos pálidas manos, hoy consagradas a los menesteres de la comunidad, y que enantes arrancaran sublimes y etéreas notas al monarca de los instrumentos.

—Adiós, respondió sereno el cenobita; que Dios te ilumine haciéndote comprender la nada de las cosas humanas, la fragilidad e inconsistencia de los pesares de esta vida. Que seas feliz, ojalá tanto como yo lo soy.... Y prosiguió elocuentemente, dando mayor intensidad al brillo poderoso de sus ojos: Sí, soy absolutamente dichoso; todas las noches, a las tres de la madrugada, cuando tras escaso dormir se nos despierta y nos arrojamamos al suelo en férvida oración, ruego por cuantos me impulsaron para venir a este santo lugar, por los que contribuyeron a coronarme con la suprema felicidad en que vivo....

—Adiós, dije de nuevo, y, dejando para siempre al monje, salí del claustro.

En la explanada del convento, a cuyo pie se extendía aquella mañana un horizonte lleno de nieblas, esperábame el abrigado coupé en que había venido. Levantadas las vidrieras y puesto en marcha el vehículo, arrellanéme en los cómodos cojines y me entregué a meditar sobre mi extraña entrevista.

¿Será efectivamente dichoso, me preguntaba, quien ha encerrado así su juventud y su genio entre muros tan altos y sombríos? ¿Llevarán la mejor parte esas almas templadas en la penitencia y en la oración, inmovibles en presencia de la muerte de los seres amados y de cuanto desgarrar el corazón de los que nos agitamos en el mundo?

Cuestiones son éstas que todos ignoramos. La humanidad hace siglos que batalla por llegar a la solución de tan arduos problemas.

Yo, que he bebido en todas las copas y he tomado asiento en todos los festines; yo, que he espigado en campos tan diversos, tan sólo por saciar mi inagotable curiosidad; yo, favorecido de la suerte y que, quizá por lo modestas, he realizado todas mis aspiraciones; yo, que en mi trato con los hombres y con los libros tanto he visto y en tan diversas latitudes, ¿no tendría en aquella mañana brumosa un sentimiento de envidia hacia el blanco prisionero de Miraflores?....

Pocos, muy pocos son los que optan por recorrer la vida por tan duro sendero. Pero el acierto no es patrimonio de las mayorías: sabe Dios si los menos llevan en este caso la razón.

DANIEL ARIAS ARGAEZ.

Enero: 1916.

## LAS INDIAS

(DE OLAVO BILAC).

Si atracción de aventuras tus sueños arrebató,  
Conquistador, sál pronto! ¿Quiere tu alma sedienta,  
La conquista, el peligro, la gloria o la tormenta?  
Párte, para que sacies la ambición que te mata!

Verás surgir, radiante, del mar que la retrata  
A Cathay, donde el tumbo de las olas revienta,  
Y verás a Cipango, fabulosa, opulenta,  
Levantar a los cielos sus torres de oro y plata.

Irás hermosas perlas hollando indiferente;  
De marfil, de diamantes y de mirra, cargadas  
Verás tus carabelas sobre la mar rugiente;

Y Señor aclamado de Tierras y de Mares,  
Los reyes que dominen las islas conquistadas  
Besarán, humillados, el suelo que pisares....

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

Enero 7 de 1916.

*Hist. Nacional.*

## RONCOY

## EL ÚLTIMO VERDUGO DE SANTAFÉ

**A** PENAS habrá oficio que despierte en el ánimo sentimientos de horror y aversión como el de verdugo; esta circunstancia la siente en todos los actos de la vida el desgraciado a quien le toca en suerte ejercer la tenebrosa profesión de quitar la vida a su prójimo, sin odio ni rencor que lo impulsen a ello, sino el cumplimiento inexorable del horrible deber.

El verdugo experimenta los inconvenientes de su posición, cada vez que se encuentra con alguno de sus semejantes. Si entra al templo a orar, debe buscarse un sitio apartado que lo oculte a la avidez de las miradas de los concurrentes que se fijan en él con implacable curiosidad. Su presencia en algún establecimiento de carácter público, ya sea café, hotel o paseo, auyentaría irremisiblemente a los parroquianos, temerosos de alternar en cualquier forma con ese hombre.

Por una especie de convenio tácito entre el verdugo y los demás hombres, el primero se fija en la cabeza de aquellos con quienes se encuentra en la calle, como si quisiera tomar anticipada posesión de una cosa que puede llegar a pertenecerle en el momento menos pensado; los últimos, a su vez, miran con pavor al siniestro personaje de quien no es imposible llegar a ser clientes por ministerio de la ley...

A pesar de todo, la importancia del verdugo decrece de día en día, sin duda, a causa de que se le han arrebatado en parte sus funciones y prerrogativas, desde que la mecánica y la ciencia se empeñan en supeditarlos.

Antaño nuestro siniestro personaje vestía traje especial, y en el desempeño práctico del oficio desplegaba fuerza, agilidad y sangre fría excepcionales; pero como somos falibles, no era raro que procediera con torpeza al dar el golpe fatal. Entre muchos casos desgraciados, citaremos tres, que forman punto culminante en la historia de las ejecuciones capitales.

A Santa Cecilia no logró cortarle la cabeza el verdugo, a pesar de tres golpes mortales que con la espada le asestó sobre el cuello; las leyes romanas disponían que, si después de recibidos tres golpes no moría el reo, prescribía la jurisdicción del verdugo para volverlo a herir. Tres días duró la agonía de la virgen cristiana, hasta que se presentó el Papa Urbano, a quien entregó los pobres que la santa sostenía, y le hizo donación de su casa, con destino a la erección de un templo, después de lo cual el Pontífice le permitió morir, según lo refiere la historia.

Hondo gemido exhaló la infortunada María Estuardo al recibir el primer golpe de hacha que torpemente, o por orden secreta de la implacable Isabel, según refieren algunos historiadores, le dio el verdugo antes de que saltara la cabeza de la infeliz sobre el lecho de aserrín preparado para recibirla.

Horrible fue la ninguna destreza del verdugo de París al ejecutar al Conde de Charolais, condenado a muerte como conspirador por el Cardenal Richelieu: más de veinte golpes de hacha recibió aquel desgraciado antes de que rodara su cabeza. La madre, que no abandonó al hijo ni aun en el cadalso, exclamó con orgullo cuando al fin expiró el Conde: «¡Gracias, Dios mío: yo creía ser madre de un rebelde y lo soy de un mártir!»

La horca también solía tener sus percances para el verdugo.

El terrible cuanto novelesco bandido Pascual Bruno fue condenado a la horca, pero se reventó la cuerda con el peso de la víctima, y en el acto el verdugo le hundió su cuchillo en el pecho. Al sentirse herido, arrancó el arma de manos de su agresor y se la clavó en el corazón diciéndole con ademán de venganza y supremo desprecio:

—¡Miserable, apréndete a matar!

Bruno sobrevivió algunas horas a su verdugo.

Al doctor José María Carbonell, joven prócer, se le sacrificó cruelmente por el implacable Morillo, en la Huerta de Jaime, el 19 de junio de 1816. Para mayor escarmiento de los patriotas, se resolvió que muriera ahorcado; pero el verdugo fue tan torpe en la ejecución, que, mal arreglada la cuerda,



quedó la víctima suspendida en el aire, sufriendo horribles contorsiones y fatigas, hasta que uno de los soldados de la escolta le hizo la caridad de darle un balazo en el pecho.

También es muy conocida la anécdota del *cotudo* a quien se le escurrió la lazada al colgarlo en la horca, lo que arrancó al verdugo esta gráfica frase:

—¡Jamás me había sucedido!

—¡Ni a mí tampoco! replicó el *cotudo* con voz gangosa.

La vida es un misterio que trae confundidos a los sabios, sin que hasta el presente sepamos otra cosa en tan importante asunto si no es lo que nos repite diariamente la Iglesia: «basta para morir una gota de sangre que caiga sobre el corazón, la rotura de una vena en el pecho, un ataque de asfixia, una inundación, un terremoto, un rayo, la mordedura de un animal venenoso, la menor de todas estas causas y muchas otras que sería prolijo e inútil enumerar».

Nadie sabe por dónde ni cómo se escapa el alma; pero tenemos puntos en el organismo, que, al sentirse heridos, parece como si abrieran amplia brecha por donde penetre la muerte.

Siendo tan fácil morir, la justicia de los hombres hubiera podido tenerlo en cuenta para escogitar los medios de matar a los condenados al último suplicio; pero no es así.

Descuella en primer término el suplicio de la Cruz, que tuvo origen en el Extremo Oriente; fue conocido de los escitas y los persas, de quienes lo tomaron los griegos, y éstos enseñaron el uso a los romanos. Se hizo acreedor a especiales consideraciones por cuanto fue el instrumento elegido por Dios para el sacrificio del Redentor. Se le consideraba como el aparato más infamante y cruel: los supliciados morían presa de atroces tormentos, y no era raro el caso de que el crucificado agonizara durante tres o más días, hasta que el hambre, la sed, los calambres y la congestión de las vísceras le producían la asfixia para después servir de pasto a las aves de rapiña.

Por antítesis, en los países cristianos se abolió ese suplicio, y la Cruz se trocó en lábaro sagrado que Constantino vio esculpido en el cielo; adorna la corona de los reyes y emperadores, las cúpulas de las catedrales y, hasta los judíos,

se dan sus trazas de llevarla en el pecho como una de tantas condecoraciones que se disciernen al mérito personal. En la actualidad se hace uso del suplicio de la Cruz en la China, en algunas provincias lejanas del Japón y entre varios pueblos salvajes.

La lapidación se usó en los tiempos primitivos, ella proporcionaba al pueblo ocasiones para ejercitar y saciar el instinto de crueldad que domina entre las multitudes.

No entraremos en el dédalo de sistemas adoptados para ejecutar a los reos, porque sería interminable la descripción: desde el noble elefante cuando lo obligan a que aplaste la cabeza de los reos, posándoles encima una de sus potentes moles, hasta el suplicio del antropófago prisionero de sus congéneres a quien cortan vivo lonjas de carne que asan y comen a la vista.

Parece que el ideal de los criminalistas hubiese sido ocasionar la muerte de los condenados por medio de sistemas que produjeran horribles tormentos; a este respecto no dejan nada que desear el empalamiento, la rueda, la descuartización, la hoguera, el desollamiento, el hambre y la sed, con unas cuantas etcéteras que el lector, con su buen criterio, tomará en cuenta.

Después de mucho divagar en tan grave asunto, se le ocurrió al doctor Guillotin la invención de la famosa máquina con que se cortó en la sola ciudad de París, la no despreciable cifra de 2.625 cabezas, de 1793 a 1794.

Pocas variaciones ha sufrido la guillotina. Tal como se usa en la actualidad, consiste en una plataforma sobre la cual se elevan dos postes verticales en riguroso paralelismo; en la parte superior se coloca la terrible cuchilla de forma triangular, coronada de un quintal de plomo, cuyo peso centuplica la fuerza en razón directa de la altura cuando desciende con prodigiosa rapidez guiada por las ranuras que tienen los postes.

Al frente del aparato descrito hay una plancha o báscula de madera que gira sobre el respectivo soporte por medio de un eje: al tiempo de la ejecución se le da posición vertical para colocar al reo y atarlo con correas a la plancha, de manera que la cabeza y los pies quedan libres; en seguida se

le pone horizontalmente y se corre hasta topar con los postes, por medio de los cuales pasa la cabeza. En esta actitud se fija la posición de la víctima con la media luna, especie de chumacera de cobre, cuyo eje es el cuello del reo con la cara hacia la tierra: el verdugo aprieta un resorte; un golpe sordo indica que la cabeza descende cortada por entre un buzón para caer en un cesto lleno de aserrín. Al cuerpo sin cabeza se le hace deslizar por una tronera de la plataforma y lo reciben debajo, dentro de un saco, los hermanos de la cofradía de los ajusticiados, quienes le dan sepultura poniéndole la cabeza en medio de las piernas.

Antaño vestía el verdugo traje especial con gorro frigio, y cortada la cabeza del reo la tomaba por los cabellos para mostrarla al pueblo: a la de Carlota Corday se permitió el infame ejecutor darle una bofetada.

Ogaño las funciones del verdugo se reducen a comprimir un resorte para que descienda la cuchilla, pues las operaciones de cortar el cuello del vestido y el cabello de la nuca del reo, colocarlo en la guillotina, hacer escurrir el cuerpo del ajusticiado, armar y desarmar la máquina, son oficios indecorosos reservados a sus ayudantes.

El *ejecutor de grandes obras* se presenta de frac, corbata blanca, sombrero *clac* y guante blanco, con el aspecto de un *gentleman* que concurre a suntuoso banquete.

No podemos resistir al deseo de hacer conocer la respuesta que hubimos de dar con motivo de la ejecución de tres bandidos, que presenciarnos en Marsella, en el año de 1868.

El respetable banquero señor Benjamín Chaix Bryan recibía los lunes en su casa. Precisamente fue un lunes el día de la ejecución, y como era natural, se habló sobre el acontecimiento del día.

—Allá estaría toda la canalla de Marsella, nos dijo con la mayor ingenuidad el señor Chaix Bryan.

—Entre los cuales se encuentra su muy atento servidor, le replicamos sin darnos por notificados.

—¡Oh! exclamó estupefacto nuestro interlocutor: perdone usted, yo ignoraba. . .

—No se preocupe usted, mi buen amigo, le dijimos para tranquilizarlo: éramos más de cien mil canallas presenciando la ejecución de los italianos, y en América tenemos un refrán que dice: «Mal de muchos, consuelo de tontos».

El garrote vil español parece contemporáneo de la guillotina: es más sencillo que ésta en su construcción e igualmente rápido en sus efectos.

Sobre una plataforma se eleva un poste con asiento para el reo, a quien se le asegura el cuello con un corbatín de hierro, de forma semicircular, adherido al poste por medio de goznes que permiten abrirlo y cerrarlo en cada ejecución.

Detrás del poste, al frente del corbatín, existe una escopeadura por la que pasa una plancha de acero en forma convexa, de diez centímetros de ancho y algunos milímetros de espesor en la extremidad, a la cual se le da impulso hacia el cuello del reo por medio de un potente tornillo movido por la rueda o manubrio que maneja el verdugo. La operación apenas dura un segundo que emplea la masa de acero para casar con el corbatín contra el cual reduce el espesor del cuello a ínfimas proporciones, después de macerar los tejidos, la vértebra respectiva y la medula espinal.

Todas las historias que se nos refieren acerca de la supervivencia de las cabezas cortadas en la guillotina, son meras fantasías de cerebros enfermos. Si el derrame de diminuta gota de sangre en el cerebro produce apoplejía fulminante o parálisis que embota indefinidamente las facultades intelectuales, ¿qué sucederá después del golpe que corta las arterias, venas, músculos, vértebras, medula espinal y que lanza la cabeza dando botes en el aire hasta que llega al canasto con aserrín que la recibe?

La última invención para ejecutar a los criminales en los Estados Unidos de América es la silla o electro-cusión que mata por medio de poderosa corriente eléctrica; pero todavía no está bien determinado si la muerte es instantánea o si sobrevive el paciente algún tiempo después de recibir el terrible flúido. Hasta hoy se cree que el reo muere de combustión, a juzgar por el olor que despidе.

No entraremos en los detalles del fusilamiento que despedaza el cuerpo a balazos: este género de muerte se concede como honroso privilegio a los militares condenados al último suplicio.

Entre los diversos sistemas adoptados para quitar la vida a los criminales por delitos comunes, ocupa desde tiempo inmemorial lugar preferente el de la horca: puede decirse que es el aparato por excelencia, y se le han introducido modificaciones en el *modus operandi*, que relataremos antes de entrar en la historia de Roncoy.

En Inglaterra colocaban en alto, al frente de una ventana de la cárcel, el aparato del cual pendía la cuerda, que terminaba en la lazada que aplicaban al cuello del reo, y lo lanzaban al aire, donde brincaba como los muñecos pendientes de un hilo de caucho. Después se cayó en la cuenta de que las piruetas que daba el ahorcado despertaban la hilaridad del público, y se modificó el sistema sujetando los pies del ajusticiado a unas argollas fijas sobre una plataforma recargada con varios quintales de peso.

La horca española que se conoció en el Nuevo Reino de Granada representaba todo un sistema por su originalidad.

Era un alto y macizo poste vertical con un apéndice en la parte inferior en ángulo recto sostenido por un pie de amigo; el todo formaba un triángulo en la parte superior, del cual pendía en el extremo horizontal la cuerda destinada al reo.

El verdugo subía adelante, detrás el reo, a quien le acomodaban la lazada en el cuello y en el acto el verdugo daba el puntapie a la escalera que caía mientras que el primero, por un acto de consumado acróbata, se trepaba a los brazos de la horca, se montaba sobre los hombros de la víctima y le aplicaba talonazos en el estómago para rematarle pronto, mientras los ayudantes le sujetaban las piernas con el fin de impedirle las volteretas y cabriolas. Si, lo que sucedía con frecuencia, se reventaba la cuerda y caían todos, el reo pasaba a ser propiedad del convento a que pertenecían los frailes auxiliares.

Generalmente se cree que el suplicio de la horca es muy penoso, pero la siguiente anécdota histórica prueba lo contrario.

En el barrio de *Whitechapel*, en Londres, descubrió la policía el cadáver de un hombre con todas las apariencias de muerte violenta por medio de la estrangulación.

Compelidos los moradores de la casa donde se encontró el muerto, declararon que allí se ejercía la lucrativa y honesta empresa de proporcionar a los clientes el goce de los *placers de la horca*, mediante el pago de un chelín. El procedimiento era muy sencillo: con suavidad se les oprimía el cuello hasta producirles el principio de congestión cerebral, que da lugar a una fantástica visión luminosa, espléndida y magnífica, como la más brillante aurora boreal. El caso desgraciado, que dio lugar al descubrimiento, se achacó a culpa del parroquiano, por la exigencia de que le prolongaran indefinidamente el *goce* a que ya se había aficionado.

Entre los soldados que condujeron a Honda a los padres capuchinos españoles, exagerados realistas en 1814, se contaba Antonio Roncoy, criollo americano. Después de varias peripecias y sin ningún motivo justificativo, se dio muerte violenta a dichos religiosos por el delito de ser fieles a su rey.

Toda medalla tiene reverso: al volver triunfantes los pacificadores españoles en 1816, abrieron la correspondiente información sumaria, como se estilaba en aquellos tiempos. Sobraron denuncias, se puso la mano a los soldados de guardia nacional que habían formado la escolta que condujo a los capuchinos y se les fusiló por la espalda como traidores, exceptuando a Roncoy, a quien se le conmutó la pena de muerte por la de *verdugo de número* de Santafé.

El común de las gentes felicitó a Roncoy por la gracia obtenida, y encomió la magnanimidad de don Pablo Morillo, porque había salvado la vida a un insurgente que merecía el último suplicio, como supuesto auxiliador en la muerte de los capuchinos.

A Roncoy le supo agrídulce el cambio de pena, pues presumía, con razón, que era inhábil e inadecuado para ejercer el oficio de verdugo, ya por ignorancia en el procedimiento, ya por falta de buen ánimo y serenidad, llegado el caso: éste no tardó en presentarse.

En aquella época podía aplicarse prácticamente el aforismo del Evangelio: «Mucha es la mies, pero pocos los operarios». En efecto, abundaban víctimas patriotas destinadas al sacrificio, y no había suficientes verdugos para ajusticiarlas, en razón a que no todos debían morir fusilados, porque en el Nuevo Reino de Granada faltaban las vocaciones para la infame profesión. Como se ve, esta circunstancia aminora en mucho el mérito de la conmutación de la pena de Roncoy.

Poco tuvo que esperar el novel verdugo para experimentar su habilidad en la nueva profesión. Roncoy debía ahorcar a un ladrón, asociado a dos presidiarios graduados de ayudantes por el mismo sistema que se empleó para hacerlo verdugo.

Atónito y más impresionado que el reo a quien iba a matar, esperaba aterrado al pie de la horca elevada en la plazuela de San Victorino. El condenado, montado en un asno, revestido con túnica negra, y la especie de mitra del mismo color que se llama sambenito llegó acompañado de dos religiosos dominicanos, precedidos del Crucifijo Montepío, la cruz de los agonizantes, dos faroles enastados y la lúgubre campana esquilón, todos en medio de la correspondiente escolta.

Ante aquel imponente y lúgubre aparato, capaz de dar miedo a cualquiera, se acabó el poco ánimo que tuviera Roncoy, quien, a insinuación de uno de los religiosos, pidió perdón de rodillas al reo por la muerte que, forzado, iba a darle, y hasta le suplicó con lágrimas en los ojos que rogara a Dios lo librara de la infame profesión.

Hasta que el reo subió la escalera de la horca, no desempeñó mal Roncoy su nuevo oficio; pero no pudo hacer caer la escalera a tiempo, y el candidato quedó a medio colgar del pescuezo, dando furiosas patadas y sacudidas en su penosa agonía. Roncoy no se atrevió a ponerse a horcajadas

en los hombros de la víctima, los ayudantes se asieron a las piernas del ajusticiado y lo atesaron tanto, que reventó la cuerda y todos juntos vinieron a tierra: el más interesado en la ejecución murió desnucado por el terrible golpe que recibió al caer.

Espantado Roncoy de su obra, se le trocó en furia el terror cuando todo estuvo concluido, y sin hacer formal entrega del muerto, sacó su cuchillo, se abrió paso en presencia del cuadro de soldados formados para la ejecución, y no paró hasta que llegó a la ciudad de Honda, lugar de su nacimiento, para ocultarse en sus inmediaciones.

Apenas supo el Gobernador Angles, Comandante de la plaza de Honda, que Roncoy había huído de Santafé, ofreció quinientos pesos de premio al que lo entregara, vivo o muerto.

Poco tiempo después tuvo denuncia de que Roncoy estaba en casa de la manceba, sita en *Quebradaseca*: al efecto, en la primera noche oscura fue aquél con una escolta; al llegar a la casa donde se hallaba el verdugo de Santafé, la rodeó y llamó a la puerta intimando rendición.

Al verse descubierto Roncoy, ordenó a su querida que abriera, se armó de un puñal y salió precipitadamente tirando cuchilladas a diestra y siniesta, con una de las cuales mató al jefe de la escolta, hirió mortalmente a varios soldados y huyó ileso, despreciando el fuego que le hacían los carabineros del Gobernador.

Empeñado el Gobernador de Honda en coger a Roncoy, ofreció mil duros al que se lo entregara.

La codicia tentó a dos bogas, quienes para ganar la recompensa ofrecida asecharon a Roncoy cuando se hallaba pescando en el puerto de *Bodeguitas*, una legua arriba de Honda: se le acercaron fingiéndosele amigos y lo atraparon; pero el verdugo trabó desesperada lucha con los traidores bogas hasta que logró zafárseles y arrojarlos al río, adonde no se atrevieron a seguirlo.

Roncoy siguió río abajo; mas al llegar al puerto de *Pescaderías* se apercibió de un hombre sospechoso agachado a la sombra de una canoa, y creyendo que lo asechaba, se consumió para tomar una piedra, con la cual dio terrible golpe



al que creía espía, dejándole por muerto, y en seguida se echó salto abajo.

Creyó hallar seguro refugio en la *Egiptiaca*, porque era amigo de los negros allí establecidos; desgraciadamente éstos también sabían que había un premio en dinero ofrecido por la persona de aquél, y en la primera ocasión propicia lo embriagaron y lo condujeron a Honda atado con fuertes ligaduras; pero en el momento menos pensado el prisionero arrebató el machete a uno de los conductores, cortó las ligaduras, mató a uno, hirió a otro, y los demás huyeron dejándolo en libertad.

En el año de 1819, a la vuelta de los patriotas, Roncoy se presentó de soldado en la columna que marchó al Cauca en persecución de las fuerzas españolas que combatían en el Valle: derrotados por éstas, volvió con otros compañeros al Tolima por la vía de *Barragán*. Desgraciadamente llegaron al Chaparral a tiempo que cundía la alarma en las entonces provincias de Mariquita y Neiva, motivada por los excesos cometidos por unos húsares desertores de Popayán, que robaban y asesinaban a cuantos tenían la desgracia de encontrarse con ellos.

Roncoy se acercó con sus compañeros a un ranchito cuyos habitantes los confundieron con los húsares ladrones y dieron la alarma a sus vecinos, quienes, reunidos y armados, cayeron sobre los derrotados a balazos, uno de los cuales atravesó un brazo a Roncoy. Reconocido el error, los labriegos le proporcionaron auxilios, y restablecido de su herida, volvió Roncoy a radicarse en Honda.

En su carácter de prócer de la independencia le fue fácil obtener una plaza en el resguardo de aguardientes, en cuyo puesto se hizo temer por la crueldad de sus procedimientos. Entonces advirtió que era preferible arrostrar por cuenta propia las iras de los prójimos, y se dedicó con franqueza a la lucrativa profesión de contrabandista de la renta de tabaco, oficio en el cual desplegó grandes dotes de arrojo y astucia.

A Roncoy se le reconoció como hombre valiente que se preciaba de tener porte caballeroso, exacto en el cumplimien-

to de la palabra empeñada, defensor del desvalido, refractario a los mandatos de la autoridad y a la fuerza bruta, de la que se burlaba como podía; estas cualidades hacían contraste a los vicios que lo dominaban, especialmente el amor desordenado al sexo débil, al licor y al juego, todo lo cual le proporcionó serios conflictos y persecuciones.

Achacoso y agobiado por prematura vejez, cayó Roncoy en poder del Jefe Político de Honda, quien en atención a que el preso era hombre peligroso e inquieto, lo hizo asegurar con una argolla en cada pie contra un *hobo* que había en el patio de la cárcel: allí murió el último verdugo de Santafé.

JOSÉ M. CORDOVEZ M.

---

## CRONICA QUINCENAL DE LA GUERRA

**N**INGUNA variación de importancia ha ocurrido en la primera quincena del corriente enero en los frentes de batalla alemanes oriental y occidental. En el primero de ellos, la ofensiva germana, después de haber llegado en semanas anteriores a su límite extremo de intensidad, se contuvo, y contenida se mantiene. Los rusos, rehechos, municionados y equipados debidamente, parecen resueltos no sólo a no dejar avanzar al invasor, sino a disputarle y arrebatarle el terreno perdido. De ahí una serie de combates que, en definitiva, no dan ventaja apreciable a ninguno de los contendores. Debe tenerse en cuenta el auxilio que el invierno pueda prestar a los rusos en su nueva campaña, auxilio que aún no es dado apreciar por hallarse en sus rigores la estación de los fríos y las nieves. En todo caso, en el frente oriental, hoy por hoy, se ha formado de lado y lado una barrera inexpugnable, aconteciendo algo parecido a lo que meses atrás sucedió en el frente occidental, en donde viene sosteniéndose una situación de estabilidad que no permite adelanto ni ventaja de valer a ninguno de los beli-

gerantes; y eso que el combatir con extrema violencia es diario, y que a veces se logran avances que parecen ser decisivos, para luégo volverse a perder el terreno ganado o parte de él. En Alsacia, los ataques y contraataques en Hartmannweiterkopf, han sido terribles, con ventajas relativas para los franceses.

En el frente austro-italiano tampoco ha acontecido nada decisivo; ataques y contraataques violentos y continuos, sin que el ejército italiano haya logrado hasta ahora apoderarse de la línea que persigue para ponerse en situación propicia de ataque y defensa. Sabido es que la frontera italo-austriaca es estratégica, y fue escogida y fijada por los Hapsburgos con todas las ventajas para el Austria. Rectificar esta línea de fronteras es lo que persigue Italia para trocar lo desfavorable en favorable. Actualmente se dice que un ejército turco está llegando al Isonzo para reforzar a las tropas austriacas. El primer contingente de 10.000 hombres se da ya por llegado.

Por lo expuesto, parece que en los tres frentes de batalla mencionados no acontecerá en algún tiempo suceso de trascendencia, por más que de vez en cuando se lancen noticias sensacionales de que los alemanes o los franceses e ingleses han resuelto romper las líneas por tal o cual punto y se fije más o menos el tiempo y las condiciones del ataque.

Cables de última hora anuncian que los alemanes han iniciado vigorosa ofensiva en Champagne y que grandes contingentes de tropas, recientemente enviadas al frente, han entrado en acción. Aguardemos el resultado final de esta ofensiva.

En los Balkanes radica hoy lo sensacional de la guerra: Servia, invadida y ocupada por las huestes austriacas, alemanas y búlgaras; los restos del ejército servio refugiados en Montenegro; en Durazzo, de Albania, tropas italianas listas a defender la plaza del ataque de los búl-

garos que buscan una salida al Adriático y pretenden cortar a los servios, impidiéndoles la fusión de sus tropas con las de sus aliados; Rumania, solicitada por los imperios centrales para que siga el ejemplo de Bulgaria, e instada igualmente por la cuádruple alianza para que imite a Servia, y permita al menos por lo pronto el paso por su territorio de tropas rusas destinadas a atacar a los búlgaros, para lo cual le envía un gran duque de comisionado especial el Gobierno de Petrograd, y por último, Salónica en poder de los aliados, y en las fronteras griegas los ejércitos alemanes, austriacos y búlgaros, listos a lanzarse por territorio heleno al ataque de la hermosa y estratégica ciudad, que por su situación es netamente cosmopolita y reúne el doble carácter de ciudad de placer y ciudad comercial. Admirablemente fortificada por los aliados igual que los sitios por donde se llega a atacarla, y dueños absolutos aquéllos del mar para ayudar a defenderla, será, si llega el caso, en extremo interesante el cerco de esta plaza, porque los tudescos llevarán también poderosísimos elementos de ataque que ya tienen listos en la frontera griega. La plaza ha sido últimamente reforzada con la mitad de las tropas inglesas que actuaban en los Dardanelos, habiéndose destinado la otra mitad a Egipto.

El Rey Constantino empeñado en guardar a todo trance la neutralidad de Grecia; la opinión pública dividida y temerosa de adoptar un partido, que no se le oculta de trascendental gravedad; el alemán amenazando con invadir el territorio si el Gobierno griego no expulsa a los aliados de Salónica; éstos, firmes en no abandonar esta base de operaciones, haciendo igualmente presión al Rey para que se decida por ellos, y entretanto, los acontecimientos precipitándose: el General Serrail reduciendo a prisión en Salónica a los cónsules de Alemania, Austria, Turquía y Bulgaria, y en seguida, a varios súbditos de estos países; Alemania amenazadora reclamando al Gobier-

no griego por estas medidas; tal es la situación desesperada del heroico pueblo que en la antigüedad engendró buena porción de la civilización cristiana-greco-romana con que hoy se enorgullecen los pueblos de occidente.

El Rey Constantino, en entrevistas con el General Castelnau, ha dejado comprender que no cree suficientemente fuerte a la cuádruple, y que teme para su nación, si entra con ella, la suerte que han corrido Bélgica y Servia, y a la vez se encuentra temeroso de que el yugo del teutón sea de fierro si Grecia se decide por los imperios centrales.

La ofensiva rusa contra los austriacos en la Bukovina, que ha llegado en su fuerza hasta apoderarse de Czernowitz—según los últimos cables—parece explicar la demora del ataque a Salónica, ya que los ejércitos listos para ello pueden prestar auxilio eficaz en aquella región. Por otra parte, se dice también que Alemania ha notificado a Bulgaria que su misión en los Balkanes estaba terminada con la conquista de Servia y la comunicación directa entre Berlín y Constantinopla.

En Inglaterra se ha producido una crisis parcial en el Ministerio, con motivo del voto de las *Trade Unions*, que alcanzó entre los trabajadores afiliados millones de votos en contra y apenas medio millón en favor, respecto del servicio militar obligatorio. Por tal motivo los ministros Henderson, Bruce y Roberts han dimitido. A pesar de este voto desfavorable, el Parlamento aprobó en primer debate el *bill* de conscripción de los solteros por 403 votos contra 105.

Circula con insistencia y en repetidas formas la noticia de que el Kaiser se halla gravemente enfermo de cáncer en la garganta, habiéndose llegado hasta el extremo de operarle y de sustituirle el paladar con uno de plata, y como consecuencia de tan delicado estado de salud, la posesión del Kronprinz como regente del Imperio. Tal no-

ticia merece todas las reservas del caso, toda vez que no está confirmada oficialmente y que reviste caracteres sensacionales. Si resultare cierta, dará margen a reflexiones y apreciaciones que hoy por hoy sería inoportuno emitir por no basarse sobre hechos comprobados.

Otra noticia que debe recibirse con reserva es la de tentativas de paz. Si acaso se está buscando por medios indirectos y reservados la mediación del Sumo Pontífice y la de las naciones neutrales, no parece lógico presumir que tales tentativas las ejerciten ambos grupos de contendores, sino simplemente el de los imperios centrales, ya que las condiciones del momento le serían favorables para un tratado de paz, condiciones que al correr del tiempo muy seguramente se tornarán en su contra, desde luego que la paciencia y el esfuerzo tenaz y continuo son los mejores aliados de los aliados, de lo cual todos ellos están convencidos, según han dado sin vacilar pruebas desde el principio de la guerra.

Hay otra causa que hace creíble el deseo de pronta paz en los imperios centrales, y es la de su situación interna, que por mucho que se quiera disimular, no es halagüeña. El socialismo que se agita y pide paz, y el hambre en las masas que piden pan y trabajo, y por consiguiente también paz, son fuerzas de que no pueden reír los gobiernos, por más que toda manifestación en tal sentido se reprima como se estila reprimir, con mano férrea. En cambio, los aliados, que carecen de estos problemas y que saben que al ceder o al pactar separadamente van a la ruina y al aniquilamiento, y que saben también que el tiempo es su más eficaz ayuda porque hará sentir más y más el rigor del bloqueo a que han sometido a sus enemigos, no tienen para qué precipitarse en busca de una paz que a la larga esperan encontrar a medida de su deseo.

RUIZ DAEL.

Enero 15, 1916.

## REVISTA POLITICA

CON motivo de nuestra última crónica política que la prensa capitolina ha reproducido con el título de «*El Liberal conservador*», el único cañón del desventurado Bloque, galeón que navega sin brújula por los revueltos mares de la política, nos ha disparado una andanada que no acertó a hacer blanco en REVISTA MODERNA. Preciso es que el artillero sobreviviente del Bloque, señor don Tomás Márquez, corrija la puntería de su lanzabombas para futura oportunidad.

Debemos declarar que para nosotros carece de importancia esto de decidir si el órgano del desmoronado Bloque es liberal o es conservador, si bien nosotros, por mil razones que se han expuesto y otras que habrán de exponerse, nos inclinamos a creer lo último. El planeta no se desorbitará por esa causa. Preciso es que todo el mundo viva y busque su puesto bajo el sol, siempre que con ello no perjudique a su prójimo, o sea, en el caso preciso de que se trata, que la persistente política de parábola que caracteriza a *El Liberal* no extravíe el criterio público hasta hacer creer que aquella hoja pueda ser el vocero del liberalismo colombiano.

Y a ello, precisamente, tienden los desesperados esfuerzos del paradójico papel, toda vez que la razón de su existencia desaparecería cuando se demostrase que una cosa es la entidad que todavía hoy se apellida el Bloque—sociedad extinguida, pero de la que se ha conservado la tabla sobre una puerta y el papel timbrado que continúan usando los antiguos accionistas para darse importancia en provincias—y otra muy distinta el pensamiento genuinamente liberal, que todavía no se ha organizado en sociedad a falta de un hombre o de un grupo de hombres

que recojan esa masa flotante de ideas y formen un partido liberal moderado y progresista. En tanto que esto no suceda, y tal cristalización no puede tardar, el Bloque tiene razón sobrada para afirmar su existencia: sabida es la importancia que tiene el exhibir sobre una puerta una tabla con grandes caracteres dorados o el recibir, de Bogotá, una carta en papel que lleva un vistoso título y dos sellos. Sobre la base del criterio simplista del vulgo se lanzan a diario en el mundo entero empresas comerciales y políticas, que en el fondo son sólo llamativos *humbugs*.

Decimos lo anterior a fin de dejar sentado una vez por todas, y con destino al público departamental, nuestro juicio sobre el verdadero papel que representa el Bloque en el movimiento político contemporáneo, y para anotar de paso la peregrina manía en que incide frecuentemente su órgano y vocero, de pretender colocar sobre el vientre de cada colombiano, como si se tratase de potes de botica, un membrete o rótulo con inapelable clasificación del partido político a que deben pertenecer.

REVISTA MODERNA no ha escapado a aquel gesto de casa de orates. Bendigamos la omnisciencia del colega, y por segunda vez suframos que nos sea aplicado el sacramento del bautismo.

\*  
\* \* \*

A última hora, y siempre con motivo de nuestra anterior *Revista Política*, *El Liberal* hace la grave revelación de haber descubierto «una liga radical-republicano-jesuítica» (*sic*) cuyo objeto y fin es el de atentar contra su existencia.

Decididamente alguien ha sustraído un tornillo a la complicada maquinaria que regula las facultades mentales del colega. Así comenzó el infortunado don Deogra-



cias Montero: fue su fin el de colgarse con una cuerda de una viga y hacer aparecer como victimarios a sus imaginarios perseguidores.

Ojalá que el delirio de la persecución no conduzca al colega al mismo desesperado desenlace.

\*  
\* \*

Con el nombramiento de Ministro de Guerra ha vuelto a traerse a la arena el debatido asunto de la reforma militar. Ha querido hacerse pequeña arma de oposición de lo que es en el fondo problema de interés nacional a que ningún partido ha podido pensar seriamente en oponer resistencia. Al contrario: ya se habían traído a Colombia instructores militares antes de la última revolución; durante la administración del General Reyes vino la misión chilena y se fundó la Escuela de Cadetes; el Gobierno de reacción de 1909 creó el curso de oficiales, y el servicio militar obligatorio se estableció en la administración del señor Restrepo en desarrollo de una ley de origen conservador. Si la misión chilena se retiró el año pasado, fue causa de ello la situación de tirantez que se había creado, cuyo desenlace estaba previsto desde tiempo atrás.

Ni en realidad se trata de que el Gobierno actual haya querido obstruir la reforma militar, que constituye un paso de progreso que a todos satisface. El punto es otro: insistir en que el Ejecutivo, para no ser tachado de retrógrado, prescinda de iniciativa en la selección de los oficiales a quienes se ha de encomendar la instrucción del ejército. Esta tarea de la oposición resulta contraproducente. Atacar con tesón un punto señalado, como sistema de política, es invitar al Gobierno a reforzarse precisamente en ese mismo punto.

Que el Gobierno, cualquier gobierno, prefiera en igualdad de circunstancias confiar los puestos de mayor res-

ponsabilidad en el ejército a sus amigos y sostenedores naturales, es práctica observada no sólo en nuestras pequeñas y veleidosas democracias, sino en las naciones más avanzadas y más sólidamente constituídas. Recordamos que en Inglaterra el Ministerio del señor Asquith, por divergencias políticas, alejó durante largo tiempo del servicio activo a uno de los primeros soldados del reino, si no el primero, Lord Kitchener.

Si se quiere colocar el asunto en plano superior a los cálculos de partido, precisa no confundir la reforma militar y la pasividad oficial. Lo uno es programa nacional, lo otro pueril exigencia. El significado es bien diferente y cada cual conduce a distinta parte.

LA DIRECCIÓN.

Enero 15 de 1916.

*H. de Europa.*

---

## LAS INVASIONES OCCIDENTALES EN RUSIA

**L**A invasión germánica, cuyas olas inundan a la hora actual el propio suelo del imperio de los zares, persigue un objeto análogo al de sus dos antecesoras; dirigidas cada una, a un siglo de distancia en el pasado, contra la obra de Pedro el Grande, el que constituyó la Rusia.

Pedro, desde los primeros días de su reinado, se dirigió a Arcángel para contemplar el mar helado que conducía a Europa, después de un viaje precario y peligroso. Y se impuso el juramento de conquistar para su pueblo el acceso a los mares cálidos, en los cuales no encuentra dificultades el comercio.

Después de dos siglos, los sucesores del gran emperador no han dejado de proseguir más lejos, sobre las ru-

tas que aquél había delineado; y siempre, los adversarios encontrados a su paso trataron de rechazarlos a las estepas sin puertas, de donde ha salido la Rusia moderna.

LA DERROTA DE CARLOS XII.—Suecia era entonces la gran potencia del Norte; su soberano: un joven caballero, enamorado de la gloria y de las aventuras, jefe de un ejército en el que palpitaban aún los hermosos recuerdos de Gustavo Adolfo. Contra Carlos XII se organizó la coalición natural de los reyes danés y polonés, con el zar.

En el mes de agosto de 1700, al frente de 40.000 rusos, el zar sitió a Narva, cuya conquista abría una primera puerta sobre el golfo de Finlandia. Pero el rey de Suecia, quien a su paso derrota a los daneses, acude. No conduce más que 8.000 hombres, pero son viejos soldados, herederos de las tradiciones recogidas en las guerras de Alemania, y ahuyentan ante sí los batallones aún bizoños de Pedro.

La batalla de Narva fue librada el 20 de noviembre. Observemos que esta fecha parece establecer la posibilidad de operaciones militares en las provincias bálticas, aun durante los remotos días del otoño.

Entonces el rey de Suecia, victorioso, dio comienzo a una extraordinaria campaña, durante la cual marcó con sus hazañas durante varios años, todos esos países comprendidos entre el mar y los Cárpatos.

Se dirigió a la Polonia, destruyó en el Dwina el ejército sajón que quería impedirle el paso y entró en Lituania, a pesar de las advertencias de sus sabios consejeros. Sucesivamente triunfó en Varsovia, en Cracovia. Al norte tomó por asalto a Thorn en 1703 y al sur a Lemberg en 1704. Se convirtió en árbitro de la Europa oriental y al año siguiente impuso a Polonia un tratado de alianza.

Pero mientras guerreaba en las riberas del Vístula, Pedro I, tenaz, tomó de nuevo la ofensiva, penetró en Livonia y en Curlandia.

Además, para herir su imaginación y dar a sus pueblos la noción de su grandeza futura, en plena guerra, y a las orillas del mar codiciado, el zar fundó a Petrograd, capital del naciente imperio europeo.

Carlos XII resolvió prontamente herir en el corazón de sus estepas al enemigo siempre erguido, a quien ningún fracaso podía abatir. Después de arrojarle de nuevo de sus provincias bálticas, decidió marchar sobre Moscow.

El ejército sueco franqueó el Bovra—en un vado que, sin duda, tomaron los soldados germánicos que sitiaron a Ossowiecz, doscientos siete años más tarde,—se dirigió hacia el Dnieper por el camino que siguió Davout en 1812, estrechó las tropas rusas en una gran batalla cerca de Mohilew, y emprendió el camino hacia las soledades profundas.

Sin embargo, el otoño de 1708 llegó pronto a su término. El espantoso y temprano invierno de 1709, cuyos rigores desolaron hasta las campiñas francesas, extendió pronto su sudario helado sobre los horizontes sin fin.

Entonces Carlos XII desvió su marcha hacia la Rusia meridional, adonde, en un clima más favorable, le llamaba el *hetman* de los cosacos. Pero cuando entró en Ukraina, ya Mazeppa, vencido por los rusos, había huido de su residencia incendiada. El ejército sueco quedaba reducido a 20.000 hombres, y el zar acababa de aniquilar en Syzna los refuerzos conducidos por Løwenhaupt.

El rey se vio luego obligado a tomar cuarteles de invierno, y para mantener el aliento de sus soldados puso sitio a Poltava.

Aquí empezó a contrariarle su fortuna. Al presentarse los primeros días favorables de 1709, el Zar Pedro apareció al frente de 60.000 hombres, a los que dirigió, antes de la batalla, una proclama que su lejano sucesor, generalísimo como él, no desaprobaba: «Llegó la hora en que se decidirá la suerte de Rusia. Recordad que no com-

batís por Pedro, sino por el bienestar de la patria confiada a Pedro».

Al declinar de esa misma tarde, Carlos XII, vencido para siempre, huía, conducido en una litera, hacia el Danubio. Sólo le quedaban quinientos soldados.

EL FRACASO DE NAPOLEÓN.—El 24 de junio de 1812, el alba temprana del estío septentrional iluminaba en las riberas del Niemen, a pocas horas más arriba de Kowno, un espectáculo incomparable. Sobre el río somnoliento se habían construido tres puentes. Frente a éstos, a los flancos de un anfiteatro de cimas arenosas, en el círculo de una llanura tapizada de césped, estaba colocado un ejército inmenso: el ejército de occidente.

Allí estaban bajo el sol resplandeciente los vencedores de veinte años, que habían visto las auroras de Valmy y de Jemmapes, los largos días de Marengo y de las Pirámides, las magníficas tardes de Austerlitz, de Jena, de Wagram. Y rodeados por ellos se estrechaban los soldados de Italia y de España, los bátavos y los ilirios, los prusianos y los austriacos, y todos los hijos de Alemania.

Todos creían marchar hacia la conquista definitiva del mundo. ¿No se decía en las filas que en el fondo de un carro misterioso reposaba la corona de Carlomagno, que ceñiría en el Kremlin el emperador de occidente?

Y, ante un toldo de verdura, erigido al conquistador por sus soldados, desfiló el grande ejército, en traje de gala, como para una parada, sus estandartes crujiendo en el aire puro, sus plumajes ondulando como en un campo de flores ostentosas. . . .

Era el prefacio de la invasión que pensaba empujar a Rusia hacia los confines de Asia. ¿Imprudentemente no lo había proclamado Napoleón?: «Los destinos de Rusia deben cumplirse».

Los detalles de la formidable campaña de 1812 y de la desastrosa retirada en que finalizó, son muy conocidos para que sea necesario recordarlos. Como su predecesor en sus designios, el emperador tropezó, en países intencionadamente asolados, con uno de los inviernos más terribles y más tempranos que hayan registrado los anales de Europa.

¿Encontrarán la misma suerte que la de Carlos XII y la de Napoleón los ejércitos germanos? Los estrategas alemanes afirman la imposibilidad de tal suceso, en razón de las nuevas condiciones de la guerra moderna.

Es probable que el gran capitán, que en Vilna realizó la historia del Rey de Suecia, se haya alimentado de las mismas ilusiones.

Y, por sobre los cálculos humanos, se ciernen las leyes misteriosas de la fatalidad. Ciento tres primaveras separan el desastre de 1709 del de 1812, y ciento tres primaveras separan también exactamente el invierno de 1812 y el de 1915!

COMANDANTE DE CIVRIEUX.

---

## Notas.

**Doctor  
Alejo Morales.**

No corrieron seis meses desde la desaparición del doctor Felipe Zapata, cuando la muerte hizo presa en el doctor Pedro Defrancisco. Hoy ha caído el doctor Alejo Morales. Tres ingenieros que prestaban al país servicios irremplazables.

La ciencia está de duelo. Con la muerte del doctor Morales pierde la ingeniería colombiana un talento de primer orden, una voluntad y un carácter. Por dónde quiera que pasó dejó las huellas de sus dotes de organizador,

de su visión clarísima en relación con nuestro futuro adelante ferroviario.

REVISTA MODERNA, que más de una vez se honró con la colaboración del doctor Morales, coloca sobre su tumba una corona de laurel.



### Nuevo Presidente del Ecuador.

El cable comunica la noticia de la elección del señor doctor Alfredo Baquerizo Moreno, liberal moderado, para ejercer la Presidencia del Ecuador en el próximo período constitucional. El señor Baquerizo Moreno, que tan gratos recuerdos dejó en Bogotá cuando desempeñaba la Legación de la República hermana, encuentra hoy vasto campo para exhibir sus dotes diplomáticas y de hombre de Estado.

Esta elección ha de estrechar aún más los lazos que felizmente unen a Colombia y el Ecuador.



### Por Puerto Colombia.

Ahora cuando la draga *Lafayette* se ocupa en destruir la roca situada en el extremo del muelle, y la cual ha venido obstruyendo la fácil entrada al puerto de los buques de gran calado, sería conveniente que el Gobierno del Departamento del Atlántico se ocupase en embellecer a Puerto Colombia.

Como ya REVISTA MODERNA ha tenido ocasión de indicarlo, tal obra es necesidad de ornato y de conveniencia nacional. Formar un parque de palmas o de otras plantas tropicales; pedir a los Estados Unidos edificios de madera para las oficinas y empleados de la aduana; demoler las actuales barracas y sustituirlas por casitas que obedezcan a planos aprobados; dictar enérgicas medidas sobre embellecimiento e higiene y hacerlas cumplir, no creemos que requiera grandes esfuerzos para las autori-

dades ni erogaciones exorbitantes para el Tesoro. Recordemos lo que es Puerto Limón, por ejemplo, y comprenderemos lo que es Puerto Colombia.



“Cromos.” Se halla en circulación el primer número de esta hermosa revista ilustrada, que han comenzado a publicar en esta ciudad los señores Arboleda & Valencia. El contenido literario y artístico del primer número muestra lo que será el nuevo semanario cuya aparición ha encontrado la mejor acogida.

Nos apresuramos a presentar a *Cromos* nuestro cordial saludo de bienvenida.

---

## BIBLIOGRAFIA

*Las Doctrinas guerreras y el Derecho*, por Juan Liscano. (Caracas. Tipografía *El Cojo*, 1915).

Pone de presente el autor que en la guerra que sangrará a Europa hay algo más grave que la espantosa conflagración de fuerzas materiales: la de fuerzas morales, el peligro inminente que corren principios de derecho que creíamos inmutables, la abolición de la Justicia y la Piedad ante la invasión atropelladora del éxito convertido en ley.

Dice el señor Liscano: «Este no es un libro de pasión, sino de justicia; un libro de derecho, de principios, sin parcialidades ni enconos. Ninguna repercusión encontrará en estas páginas el diario de la guerra. Ignoro qué cañones alcanzan o destruyen más, pues a mi objeto no importa. La suma de heroísmos que los hechos de armas encierran, en nada modifica la cuestión de los eternos principios, afán de este libro».

La obra del señor Liscano, correctamente escrita y documentada, no dejará de interesar a quienes se preocupan por los múltiples problemas que envuelve la solución del conflicto europeo.